

¡Hasta en el matrimonio que podía haber hecho su hija casándose con Román, hasta en eso les favorecía la suerte!

¡Tódo había concluido! ¡La deshonra entraba en aquel asilo de la felicidad y de la honradez!

Catalina permaneció breves momentos en actitud feroz, indecisa, espantada; pero de pronto, levantando á su hija y estrechándola contra su corazón, la dijo:

—¡He dicho que te perdonaría, y te perdono! ¡No tengo valor para odiarte, hija mia! ¡Pero él, tu padre!... ¿Cómo apaciguarle? ¿Qué hacer?

En aquel instante, un hombre, elegantemente vestido, llevando una flor en el ojal y con la sonrisa en los labios, se detuvo frente á la valla.

Era el conde Oliverio.

#### XIV

—Déjanos solos—dijo Solange á su madre. Quiero hablarle.

Oliverio entró con la mayor desfachatez en aquel albergue que había deshonrado y del que, por su causa, había huido la felicidad.

—Buenos días, señora Fargeas—dijo.— Buenos días, hermosa niña.

Catalina pudo dominarse y tuvo fuerzas para disimular el ódio que sentía por momentos desarrollarse en su alma.

Devolvió al amo el saludo sin hablarle, y

simulando que la llamaban, dejó á su hija sola con el conde.

Su turbación no pasó inadvertida al joven.

¡Diablo!—dijo acercando un asiento y sentándose á horcajadas—el barómetro de Guéaux-Biches se me figura que anuncia lluvia. ¡Con tal que no descienda á tempestad! ¿Se puede saber qué sucede?

—¿Qué sucede?—repitió Solange con cierta osadía.

—Sí.

—Ya podeis suponerlo.

—Ni lo sospecho siquiera. Pero habla—dijo él sin desconcertarse.

—Señor conde...

—No tanta ceremonia...

—Lo que sucede es espantoso.

—¡Me asustas! ¿Espantoso has dicho? Expílicate, mujer.

—¿Conoceis á los Tremor?

—De nombre. Me han hablado de ellos como de gente muy huraña y feroz.

—Son dos hermanos. El mayor no quiere casarse.

—Está en su derecho.

—El otro, el más joven, Román...

—Un buen mozo de cinco piés y seis pulgadas; aspecto de mesquetero, si no me engaño... ¿Pero á dónde vas á parar con tu preámbulo y ese Román?

—¡El me amaba!

—Tiene buen gusto. Pero has dicho: ¡me amaba! ¿Por qué no continúa ¡amándote? Es—

tás algo paliducha, Solange, mas no has perdido ninguno de tus encantos. Al contrario.

—Ayer — siguió diciendo Solange — comí con mis padres en el Priorato.

—¿Qué es eso del Priorato?

—La casa de los Tremor.

—Esa antigua quinta que se pavonea junto á la iglesia, en el pueblo, al extremo de la avenida?

—Justamente.

—¿Con que has comido en casa de los Tremor?

—Sí, señor conde.

—Dí señor á secas, para abreviar; y vé al asunto.

—Ya llego. Al terminar la comida, Román Tremor se levantó, y dirigiéndose á mi padre y á mi madre, me pidió por esposa.

—¡Diantre! ¡no es tonto el tal Román! Pero fuera una lástima embutir una perla como tú en una casucha como el Priorato; no obstante, dicen que esa gente tiene dinero. Me figuro que Fargeas contestaría que se consideraba muy honrado por semejante petición.

—Mi padre contestó que aceptaba.

—¿Y tu madre?

—Estaba contentísima.

—Bueno, pues nada de eso me parece una desgracia. Vas á ser la señora más considerada del pueblo, la más rica, Solange, y el hombre que te llevas es un guapo muchacho. Sería injusto no reconocerlo así. La envidia no me ciega al extremo de impedirme reco-

nocer las buenas cualidades del prójimo. Podré estar celoso, pero soy justo. ¿Vás, pues, á casarte?

—¡No!—contestó ella resueltamente.

—No se me alcanza qué inconveniente pueda haber. Te encuentro encantadora. Te amo con pasión. Venía precisamente á repetírtelo; ¡yo me voy á casar también!

—Pues yo no quiero casarme.

—¿La razón? ¿No te conviene el futuro?

—Sí.

—Entonces es porque no te conformas á sepultarte *per semper* en Chevagnes? Lo comprendo. ¿Sueñas con horizontes menos limitados? Habrás leído novelas, y te agradarán las aventuras.

—Os engañáis.

Y más gravemente aún, repuso:

—Hubiera sido muy feliz casándome con Román. Es un hombre que vale mucho. Le conozco desde mi infancia. Todo el que lo trata le quiere bien.

—Enterado; es un modelo, un fénix. Pero entonces, ¿por qué no le quieres?

—¡Porque ya no puede ser!

—El te ama. Le gustas, te gusta. La familia, lejos de oponerse, se regocija. ¿A qué viene ese capricho?

—Voy á decíroslo. Si me casara con Román, que me ama con locura, cometería una infamia.

—¡Una infamia! ¡Oh, qué palabra!

—¿Tendreis tan poca memoria como para haber olvidado ya lo sucedido...?

—¡Inocente! ¿Y por qué ha de ser eso un obstáculo?

—¿Debo abusar de su confianza, engañarle, y en vez de llevarle...

—Yo concluiré. Entiendo que... eres muy exaltada. En vez de llevarle, íbas á decir, un alma virgen, un corazón en que él solo mandara, le llevarás un alma profanada, un corazón en el cual has dejado entrar un ladrón que lo obligó á rendirse. ¿Es eso todo lo que pensabas?

—No es todo. ¿Qué idea formaríais de la señorita de Rochevieuille, si en la noche de boda, en vez del alma pura de que acabais de hablar con tanta ironía, os llevara, á vos, señor conde de Taunay, su marido, un corazón marchito y... el hijo de otro hombre?

—¿El hijo de otro...?—exclamó Oliverio, saltando de la silla como si hubiera oído la explosión de un polvorín.

—La arrojaríais, avergonzado y furioso, de vuestro lado.

—¡Ah!

—Si yo tuviera la osadía, la avilantez de ser su mujer en la situación que me habeis colocado, cometiendo un verdadero crimen, Román no huiría de mí, me mataría. ¡Y haría muy bien!

—Ea, sé juiciosa. Me figuro ¿eh? que estás bromeando. ¿Qué me cuentas?

—La verdad.

—Es imposible.

—Es cierto. Os lo repito. Después de vuestra infamante locura, os fuísteis, sin que nã

por un momento os inquietara la idea de lo que hubiera podido sucederme. Pero yo, en cambio, desde aquel maldito día, no tengo un instante de tranquilidad. ¡Poco tardó en ser patente mi desgracia! Temblorosa ante mis padres, turbada la frente ante mi futuro, mentí callando, puesto que no revelé al principio vuestra violencia y mi perdición. La vergüenza y el miedo sellaron mis labios. Y solo cuando Román pidió mi mano, fué cuando me ví forzada á hablar. Por mi turbación mi madre adivinó en seguida la verdad. Esta mañana, huyendo de sus justas reconvenciones y de la ira de mi padre, que estallará de un momento á otro, he intentado suicidarme.

—¿Suicidarte, Solange?—dijo el conde maquinalmente.

—Sí. ¿No era ese el medio mejor para acabar de padecer? He sido muy cobarde. No he tenido valor para morir.

—Bendigo á los dioses por esa cobardía,—exclamó Oliverio volviendo en sí del aturdimiento que le causó la inesperada revelación de Solange.—¿De manera que todo ha sucedido tal cual me lo referes?

—¡Ay!

—¿No te casarás con ese Román Tremor? La pobre muchacha se estremeció, y repuso con voz alterada.

—¡No!

—Sin poderlo remediar, me felicito de ello; puesto que te adoro; y ese matrimonio hubiera sido un martirio para mí. Tantos atractivos no deben entregarse á un rústico como

ese... Eso fuera un crimen imperdonable. Pues no te queda más que un medio.

—¿Cuál?

—Salir de aquí. Abandonar este pantano de Gue-aux-Biches.

—Ese es mi deseo, ¿pero cómo?

Se oyeron voces por el lado del estanque.

Solange vió á dos amigos del conde que admiraban el paisaje en compañía de Catalina.

—Hablad pronto—dijo la muchacha.

—Esucha y no olvides lo siguiente: mañana me caso. No creas que por esto voy á perder mi libertad. Habrá mucha gente en el castillo. Entre esa multitud pasarás inadvertida y tardarán en notar tu ausencia. Saldrás para París. Te recomendaré á una mujer que te dirigirá, y en la cual puedes tener entera confianza. No reveles nada á nadie. Deja tan solo dos líneas escritas á tu madre, expresándole que renuncias á enterrarte viva en Gue-aux-Biches; que te vas á París, donde personas que te protejen, te ofrecen cierto bienestar. Dile además, que no se inquiete por tu suerte. Un carruaje te aguardará á las nueve, junto á la huerta. Vé tranquila; no carecerás de nada.

Y sacando del bolsillo unos quince luises, se los entregó, diciendo:

—Por si tienes algo que pagar ántes de irte, toma esto. No lloves nada. Allí encontrarás cuanto necesites. ¿Has comprendido?

—Sí.

—Mañana á las nueve. Y chitón.

—Bueno.

—Encontrarás en el coche una manta para abrigarte, y también un sombrero con que adornarte.

—Bien.

—Quiero que seas feliz, Solange, y que me ames.

Solange calló.

Miraba al conde con expresión de espanto; y aunque tenía los luises en la mano, dudaba si tomarlos ó nó.

Pero se acordó de la *Bigornia* y los guardó.

Oliverio experimentó más contrariedad que alegría ante aquella revelación.

Pero la muchacha era tan guapa, que levantando los hombros, se dijo:

—Vale la pena... que proporciona.

Y en alta voz añadió:

—Contesta. ¿Me amarás?

Y en su petulancia, pudo tomar por afirmativa la débil respuesta de Solange, en el momento en que el vizconde de Reully y el baron de Tallevande entraban acompañados de Catalina.

Quizá dijo que sí la pobre muchacha, pero fué con los labios únicamente.

Su corazón odiaba al hombre que, por solo un instante de feroz placer, había destruido una existencia honrada y feliz como era la suya.

## XV

Simón estaba gravemente enfermo.

El pobre diablo salió de la cárcel en un estado lastimoso.

Y esto no era sólo debido al régimen de la prisión; pues por malo que fuera el de Chateau-Chinou, siempre resultaría más confortable que el de su inmunda vivienda.

Fué condenado á tres meses de encierro; y este tiempo, sin el bosque, los valles y las rocas de Chevagnes, era para él tres meses de infierno.

La melancolía que se apoderó de su ánimo, agravó el estado de su salud, y le sobrevinieron unas calenturas perniciosas que le pusieron al borde del sepulcro.

Trasladado entonces al hospital, suplicó que lo llevaran á su choza; y como, después de todo, no se trataba de grave delito y se hallaba próximo á extinguir la pena impuesta, accedieron á sus ruegos y hasta se felicitaron de zafarse de él y de que expirara lejos de allí.

La tarde en que el conde fué á Gue-aux-Biches, á eso de las tres, Román Tremor, con su perro y su escopeta, acompañaba á su hermano, que se hallaba ocupado en las faenas del campo. Juan estaba tan triste como Román. Eran inseparables y se querían mucho.

—¡Qué remedio!—decía el mayor;—es preciso olvidarla. No pases penas por ella;

las cosas de esta vida se hallan tan mal dispuestas, que á una mujer perdida nunca le faltan ganancias.

—¡Cómo se conoce que no estás enamorado!

Juan Trémor no tenía más pasión que sus hermosos bueyes, el priorato, el campo y las cosechas.

Todo esto, después de su padre y de su hermano, se entiende.

—¡Pero las mujeres!... Ninguna le había quitado ni una hora de sueño.

Román se alejó y se fué á pasear, sin rumbo fijo, por los alrededores de la casucha de Simón.

No se ocupó para nada de su pasión favorita, la caza, por más que viera infinitas liebres correr de un lado á otro.

Sentía impulsos de ir á Gue-aux-Biches, echarse á los pies de Solange, suplicarle que volviera á él y jurarla que lo olvidaría todo.

Y trataba de justificar aquella falta haciéndose mil reflexiones.

¿Porqué sacrificar la felicidad de toda su vida ante un momentáneo olvido del deber? No era posible que Solange amara á aquel maldito conde, que la sorprendió con su infameastúcia! Era á él, á Román, á quien Solange amaba; nada más que á él. ¡Se lo había dicho tantas veces! Y aquel amor se leía en la franca mirada de Solange; y ¡Solange moría de pena después de lo sucedido!

No, no amaba al señor Taunay.

Pero al pensar en ir á Gue-aux-Biches,

cuando ya estaba en camino, la vergüenza se apoderó de él.

¡Eso de dar su nombre al hijo del conde fuera demasiado debilidad! ¡aquel niño le causaría horror! Era un obstáculo insuperable.

Y, loco, desesperado, llegó cerca de la casa de Simón.

De repente, vió que una joven venia por uno de los senderos del bosque, envuelta en una manta escocesa, y que dirigiéndose á la puerta de dicha casa, la abrió y volvió á cerrarla trás ella.

Román temblaba de emoción.

¡Aquella joven era Solange!

¿Qué iria á hacer en casa de los Simón?

¿La *Bigornia*, sería su confidente ó su cómplice?

Una curiosidad invencible impulsa á los enamorados, los verdaderos, á querer saber todo lo que se refiere al objeto amado.

Román, atraído por la invencible fuerza del amor, se dirigió hacia la fragua.

Ató el perro á un árbol, dejó la escopeta en el suelo y penetró á su vez en el recinto.

Hubiera podido entrar, como en su casa, en la de los Simón, pero preferia no ser visto.

Anduvo de puntillas, y acercándose mucho á la pared, se puso á escuchar.

No era difícil oír lo que hablaran dentro, pues no había vidrieras ni ventanas. Pedazos de papel reemplazaban ambas cosas. Todo ruido, pues, entraba y salia sin dificultad.

Los Simón y Solange, creyéndose solos, no tomaron precaución ninguna. ¡El vigilante

Ravaud no estaba allí para avisarles! ¡Pobre perro!

Un triste espectáculo se ofreció á los ojos de Solange en cuanto entró.

La Simona, de rodillas, rogaba á su marido que yacia delirante, sobre un montón de yerbas secas, que bebiera una infusión de plantas que ella acaba de calentar.

Solange se acercó tímidamente.

—¿Qué tiene el pobre Simón?—preguntó.

—Calenturas malignas.

—¿Le ha visto algún médico?

—¿Cómo pagarle? Y además, muere uno bien sin ellos. Haces mal en venir, mi Solange; esto es contagioso.

—¡Qué más quisiera yo!

—¡Siempre con esas ideas!

—¡Se acabó, Simona! ¡Siempre pensaré así!

—A tu edad la vida es larga.

—Hablemos de vos; Simón se curará.

—Así lo espero. ¡Yo estoy aquí! No—dijo la *Bigornia*, acercándose al enfermo,—no morirás, mi único bien.

Una casi imperceptible sonrisa se dibujó en los amoratados labios del pobre hombre.

—Me entiende—dijo la *Bigornia*.—Está mejor. Le cuido mucho.

—¡Ravaud!—murmuró el moribundo.

—Duerme, Simón; tranquilízate. ¡Se acuerda de su perro, que valía más que un hombre!

—¡De cuántas cosas careceis!—dijo Solange.

—¡Diantre! ¡Tú calcula! ¡Tres meses sin

trabajar! No me he atrevido á pisar apenas el bosque.

—Se acerca el invierno—repuso Solange. Es preciso arreglar el techo, y las ventanas ante todo. Y como el pobre Simón no podrá trabajar en algún tiempo, os traigo una pequeña suma.

—¿Dinero?

—Es mío, muy mío. Me lo han dado. No lo rehuseis, madre Simona. Me ofenderíais. No olvido que os debo la vida.

—Es verdad. ¡A no ser por mí, te hubieras tirado al agua, tonta!

—¿Y no hubiera sido mejor eso?—contestó la hija del guarda bajando la cabeza.

—Los muertos no vuelven. ¡Y á los veinte años es muy hermoso vivir, mi Solange!

—¡Román me ha tratado con mucha dureza!

—¿No puedes olvidar á ese hombre?

—Hubiera dado la vida por él. ¡Qué felices hubiéramos sido! ¡Y pensar que por un momento de desgracia lo he perdido todo!

Y puso sobre la chimenea los quince luises que Oliverio le entregó.

Los ojos de la *Bigornia* echaban chispas.

—¿Todo eso?—dijo.

—Es cuanto poseo. Vienen del conde. Me los ha ofrecido esta mañana. Y los acepté pensando en vos. Son mi despedida, madre Simona. Aceptadlos para vuestro marido, que está enfermo. ¡No sé si volverán á verme por este país! Moriré de vergüenza. Y mi pobre padre, ¿qué será de él? ¡No sabeis cuánto sufro!

Y se echó á llorar.

Román oyó sus sollozos.

La Simona intentó consolarla.

—Vamos—le dijo—se razonable. ¿De modo que fué á verte?

—Sí.

—Tenía la seguridad de que no te abandonarías. Eso sería ya el colmo. ¿Quiere decir que ahora lo sabe todo?

—No le he callado nada.

—¿Qué hace de tí?

—Me envía á París.

—¿Cuándo?

—Mañana. Salgo de aquí á las nueve cuando todo el mundo, incluso mi padre se halle ocupado en el castillo. Así no me verá nadie.

—Es el único medio. Creerán que estás allí colocada. ¿Cuáles son tus planes?

—No sé nada; trataré de aprender algún oficio.

La *Bigornia* rió de una manera extraña.

—O mucho me engaño—dijo—pero se me figura que no tendrás necesidad de ello.

—¡Agua!—pidió con voz lastimera el cazador.

Su mujer, con la solicitud de una madre por su hijo enfermo, levantóle la cabeza y le dió á beber un poco de caldo.

—Lo han mandado los Tremor—dijo Simona.—¡Qué gente tan buena!

—Simona—repuso Solange con voz conmovida;—cuando veais á Román decidle, no ahora, sino más adelante, que he querido morir, que siempre le amo y que le pido per-

don por el pesar que le causo; pues él está triste, el corazón me lo dice! Decidle también que sea bueno con mis padres; ¡estos pobrecitos quedarán sumidos en la mayor desesperación. Además—añadió bajando la voz—tengo que haceros una súplica, Simona.

—¿Cual?

—Sabeis escribir. Dadme noticias de vez en cuando, cuando podais, de todo lo que se refiera á este pueblo... Yo también os escribiré. Habladme de mis padres y también de los demás... de Román sobre todo!

—Sí, mi Solange.

—Adiós.

Los sollozos ahogaron su voz,

—¡Valor!—repuso la *Bigornia*, acompañándola hasta la puerta.—Los hombres te han ofendido. No lo olvides. Devuélveles, centuplicado mal por mal: y si te hago falta, no tienes más que indicármelo y me tendrás á tu lado.

Solange movió la cabeza tristemente.

Cuando Salió de casa de los Simón, ya no estaba Román cerca del muro, pero sí oculto tras de un árbol, desde el cual la veía; y siguióla con la mirada hasta que desapareció por la espesura del bosque.

Hubiera querido llegar hasta ella y detenerla.

El orgullo no se lo permitió.

## XVI

Al día siguiente, desde el amanecer, todo

era movimiento y júbilo entre las gentes del castillo.

La residencia del anciano marqués, de ordinario triste, estaba desconocida aquel día.

Hasta la antigua capilla, bastante mal cuidada por lo general, hallábase profusamente adornada de flores, luces y tapices.

Nada menos que monseñor Autun debía dar la bendición nupcial á los jóvenes esposos.

No se hablaba de otra cosa en toda la comarca que de aquel matrimonio.

Chevagnes no había visto fiesta tan espléndida, como no fuera la del bautizo de Olivierio, treinta años antes.

El futuro, á pesar de las preocupaciones naturales en tan solemne día, no olvidaba la promesa hecha la víspera á su víctima de *Gue-aux-Biches*.

A decir verdad, no le pesaba del todo el giro que había tomado el asunto.

Al ver de nuevo á Solange sintió renacer el sentimiento que juzgó pasajero capricho, sin consecuencias de ningún género.

Estaba ahora convencido de que la muchacha era realmente suya; y que, si aquella vez lo fué por violencia, en lo sucesivo lo sería por amor.

El barón de Tallevande y el vizconde de Reuilly, sus íntimos, que ignoraban su aventura con la hija del guarda, quedaron extasiado al contemplar la belleza de la muchacha. No esperaban hallar tan perfecta hermosura en aquel olvidado rincón.



La admiración de los amigos suele ser poderoso incentivo para el corazón de todo amante.

El señor Servais, el ayuda de cámara, despertó á su amo á las siete de la mañana.

Era la consigna.

Servais, personaje influyente en el hotel de la avenida Matignón, era el único criado que estaba en todos los secretos de su joven amo.

Y es más, hasta era su consejero, y no se hacía nada en la casa sin que él interviniese.

Servais tendría unos diez años más que el conde. Era hombre de experiencia, sumamente listo y de muchos recursos,

No era guapo, pero la inteligencia y el tacto suplían perfectamente la belleza física.

—Servais—dijo Oliverio al verle,—tengo que pedirte un favor.

—Vos mandais... señor conde.

—De seguro habrá mucha gente en el castillo.

—Muchísima. Todas las habitaciones están ocupadas... Y faltan todavía los vecinos. El almuerzo será, lo menos, de veinte cubiertos.

—Después del café, salgo con la condesa para Italia. ¡Qué fastidioso es casarse, Servais!... Pero es preciso tener resignación.

—La señorita Rochevielle reúne todas las cualidades que hacen falta para ser muy agradable. Luego no es difícil... resignarse.

—Es mujer que vale, efectivamente; pero ¡a libertad merece, siquiera un suspiro.

—Me figuro que el señor conde no se con-

siderará preso por el solo motivo del matrimonio.

—Te explicas con suma delicadeza, Servais. Cómo se conoce que te gusta y frecuentas el teatro francés, que es el conservatorio de las buenas formas y del hermoso lenguaje. Cada cual tiene sus gustos. Yo, por el contrario, prefiero el juego; es decir, el *baccarrá*, el *whist* y las carreras...

—Y me atreveré á añadir que las mujeres bonitas...

—¡Eso sobre todo! Teneis razón, Servais. Es apropiado de tal asunto por lo que os he dicho que necesito de vos.

El criado se inclinó respetuosamente.

—He cometido una estupidez—empezó diciendo el conde;—y me veo forzado á convenir en que las tonterías deben pagarse. Y no es menos cierto que la cosa es tan imprevista como sería.

—¿Es grave?

—Sí y no. Se trata de una jovencita de este pueblo, á la cual, por entretenerme en algo, hice la corte durante la primavera última.

—Entendido.

—¿Ya?

—El asunto se ha traslucido algo; me figuro que el señor conde se refiere á la linda muchacha de Gue-aux-Biches...

—En efecto. Pues bien, esa muchacha me ha participado ayer que se ve precisada á salir de aquí cuanto antes. ¿Comprendéis, Servais?

—Perfectamente.

—Desea evitar el enojo de su padre; y yo no puedo exponerla al castigo de ese bárbaro de Fargeas.

—¿Y cuál es vuestro plan?

—Vas á saber para qué te necesito.

—Soy todo oídos.

—Esa joven—repuso—dejará escritas unas líneas á sus padres dándoles cuenta de su resolución. Me he comprometido á hacerla acompañar á Nevers esta misma mañana.

—Quince leguas, señor conde.

—A las nueve abandonará Gue-aux-Biches y vendrá al castillo. Un carruaje la esperará cerca de la huerta.

—Nada más fácil.

—Es necesario que salga de aquí sin ser vista de nadie.

—Quiere decir que el señor conde me ha elegido para desempeñar ese cargo de confianza?

—Cuento con vos.

Servais se inclinó.

—*Conquistador* es el mejor caballo de la cuadra. Lo enganchais al cabriolé. Favorecidos por el barullo que de fijo habrá, lograis salir sin que nadie lo advierta.

—Es de esperar que así suceda.

—En Nevers tomareis una berlina para el expreso de Italia.

—Está bien.

—Procuraos una manta y un sombrero para esa Solange. En Nevers la instalareis en el tren, entregándole este dinero, á fin de

que nada le falte. Ya he teleografiado á París para que tampoco carezca allí de nada.

—¿Me permitirá el señor que le pregunte cuál es su intención respecto de esa joven?

—No tendría inconveniente en decírtela si la supiera; pero aquí me tienes que ni yo mismo la conozco. Me preocupa algo este malhadado asunto. ¡Y precisamente el día en que me caso! ¡Es una complicación en la que ni por asomo pensé! ¡Vayan al diablo estas campesinas que por un minuto... de ilusión causan tanto trastorno!

—Crea el señor conde que esa pobre es la que verdaderamente sufre! También ella debía casarse...

—¡Es verdad!

—Con uno de los Trémor de Chevagnes.

—Ha tenido la nobleza de renunciar á él, de no acceder á su petición, cuando él nada sabía aún. ¡En qué tiempos vivimos, Servais, que las aldeanas gastan esos escrúpulos!

El conde hablaba mientras se vestía.

Cuando estuvo listo, escribió precipitadamente estas líneas:

«Os confío una joven del Morván, que prefere París al triste lugar donde ha nacido.

»Instruídla, formad su carácter; ello será fácil; enseñadle lo que ignora, es decir, todo.

»Estaré ausente cinco ó seis meses.

»A mi regreso hablaremos sobre la aptitud de vuestra discípula.

»Os saluda,

»OLIVERIO.»

Puso las siguientes señas:

*Felisa, modista, 47, calle de la Paz.—París.*

—Entregareis esta carta á la señorita Fargeas. Y poned en seguida este telegrama. Para todo lo demás me entrego á vos, Servais. Y ahora voy á ocuparme de mis otros asuntos, que ya es tiempo.

En esto dieron las ocho.

Sepamos qué sucedía á esa hora en Gueaux-Biches.

## XVII

Era día de gala en el castillo.

Lucas se disponía á salir, cuando Solange, esforzándose por parecer serena, se acercó á su padre; mas como éste no le perdonaba que hubiera renunciado á ser la mujer de Román, volvió la cara del lado opuesto para no verla.

Ella, no obstante, poniéndole una mano en el hombro, le preguntó con la mayor dulzura:

—¿Estás enfadado?

—¡Sí!—contestó Fargeas bastante enternecido, á pesar suyo.—¿Y de quién es la culpa?

—Nada más que mía.

—¡Lo reconoces! Menos mal. Has destruido nuestra felicidad, la tuya, tu porvenir. ¿Y pretendes todavía que uno este contento.

—Perdóname.

Lucas se apartó, temeroso de ceder, é im-

posibilitado de reñir como se proponía y era debido, á aquella hija idolatrada?

—Voy á llegar tarde—dijo mirando el reloj, para disimular de algún modo la tierna emoción que sentía.

Y se fué.

Solange siguió trás él.

—Entra—ordenó.—Hay una humedad de todos los diablos.

Ella entónces, empinándose para besarle —le dijo;

—Adiós, padre.

—Adiós. Cásate con Román: es tu felicidad. Trata de que olvide la ofensa que le has hecho.

Solange entró en su casa, encerróse en su cuarto, arregló algunas cosas para llevarse-las, y escribió las siguientes líneas.

«Me voy. Ignoro si volveré á veros. No quiero avergonzaros con mi deshonra. Me dirijo á París, en donde pienso aprender un oficio y ganarme la vida. Al abandonaros siento la muerte en el alma; porque os idolatro, padre míos.

»Adiós. Vuestra pobre hija.

»SOLANGE.»

Dejó la carta sobre la mesa, arreglóse el cabello y se dispuso á partir.

Hubiera querido echarse en brazos de su madre, y no tenía valor para ello.

Todo su pobre cuerpo temblaba de emoción.

Como titubeara, la corsa, que volvía en aquel momento de la pradera, presentándole un bol de leche,—le dijo:

—Aliméntate.

—No tengo hambre.

La señora Fargeas, yendo de un lado á otro, estudiaba con disimulo el semblante de su hija.

Y en seguida comprendió que la pobrecilla había llorado mucho durante la noche.

No se aleja uno de la familia, no se abandona á los padres y á todos los seres amados para ir á un país desconocido, sin que el corazón se desgarré de dolor.

Una madre lo ve, lo comprende todo; y Catalina, al hallar tan abatida á Solange, le dijo de repente:

—¿Te vas de aquí?

—¿Yo?

—Sí, tú. ¡Y se lo ocultabas á tu madre!

Solange lo confesó todo.

—Pues bien, sí, me voy—dijo temblando;—quería abrazarte, pero el miedo me detenía. Se me figuraba que me ibas á rechazar. ¡Os he causado tantas penas! Debés maldecirme.

—¿Sería yo capaz de eso?—exclamó la corsa.—No es á tí, sino á él á quien odio.

Solange se echó en brazos de su madre; y entonces, trastornada, queriendo evitarle el dolor de creerla culpable, desahogó su corazón en el de la que le dió el ser.

Le habló con la mayor ternura; confióle el amor que sentía por Román, la sorpresa y la

violencia que empleó el otro para deshonorarla; su resolución de morir, y la llegada de Simona y sus consejos.

—¡Me causa horror ese hombre!—dijo la pobre muchacha al terminar;—¿pero qué quieres que haga? Permanecer aquí para ser la irrisión del pueblo y vuestra deshonra, y presenciar á todas horas vuestra amargura, es superior á mis fuerzas. ¡No exijas eso de mí, madre mía! He aceptado lo que ese hombre me ha propuesto... Procuraré tener suerte. Pero si él cree que va á comprarme con su oro, se equivoca. El tiempo te lo demostrará. ¡Lo juro!

En el instante de abandonar la casa, se sintió desfallecer.

Pero se repuso en seguida, y abrazando á su madre la cubrió de besos; miró luego por última vez la casita aquella, volvió á despedirse de su madre, en cuyo rostro dejó muchas lágrimas, y salió corriendo.

Catalina no tuvo fuerzas ni para detenerla.

Permaneció unos instantes anonadada, sin saber ni qué sentía, ni qué le sucedía, ni á dónde miraba...

Poco despues, Solange llegaba al lugar de la cita. Servais estaba en su puesto y salió á su encuentro. El carruaje tambien aguardaba allí, confundido entre los de los invitados.

En el momento en que llegaba Solange, se detenía una victoria y bajaba de ella el obispo que debía bendecir la unión del conde Oliverio y de la señorita de Rocheville.

Vestía esta un traje de raso blanco, tan rico como bien hecho y elegante.

Elena asomóse al balcón de su compartimiento y saludó.

—¡La novia!—dijo Servais á Solange.

El semblante de la rica heredera revelaba profunda melancolía.

Solange la miró.

Por primera vez en su vida, el áspid de la envidia mordió en su corazón y le infiltró el veneno.

¡Aquella era la esposa, para quien estaban reservadas todas las consideraciones y todos los honores! Mientras que ella, ¡la muchacha deshonrada! tenía que separarse de su familia, huir de su país y refugiarse entre la turba agitada y flotante de París, donde nadie se conoce.

Vino á sacarla de sus reflexiones un caballero que al pasar por su lado díjole amistosamente: «¡Buenos días, Solangel!...» y sin esperar que ella contestara, se fué directamente hácia el balcón desde el cual le llamaba la señorita de Rochevieille.

—¿Sois vos, Hugo?—le dijo.—¿Venís solo? ¿Dónde está vuestro hermano?

Hugo era sumamente franco. No había hombre ménos diplomático que él.

Los dos hermanos, que se querían entrañablemente, sentían leal afecto hácia Elena, á quien habían conocido desde muy niña.

Pero con la diferencia de que ese afecto en Roberto se trocó en amoroso y llegó á ser una verdadera pasión.

Hugo no perdonaba á Elena que, por su causa, lo hubiera abandonado su hermano.

—¿Teneis empeño en saberlo?—preguntó.

Hugo de Souvray iba á caballo y llegaba casi á la altura del balcón en que estaba asomada su prima;

—Sí.

—Pues está camino de París. Me ha dejado esta mañana.

—¿Por qué?

—No me lo ha dicho.

—¿De modo que no le veré hoy?

—Es probable. Lo contrario me asombraría.

—¿Cómo ha de ser!

La mirada de Elena expresaba tanta amargura, que el joven se dulcificó en seguida, y repuso:

—Me ha encargado que os salude y felicite en su nombre; uno mis votos á los suyos. Los dos os queremos bien.

—Os lo agradezco, Hugo. Procurad que no se note esa ausencia.

Y entró pensativa en la habitación.

El alejamiento de Roberto, ¿no equivalía á la confesión que ella no pudo aquella noche arrancarle?

»No estais aquí, le escribió, y eso está mal hecho. Vuestra ausencia me hace el efecto de un mal presagio. Dentro de una hora me llamaré la condesa de Taunay ¡Sabe Dios cuándo volveremos á vernos! ¡Si me abandonais desde el momento en que me hubiera sido tan grato veros á mi lado, poco tardareis

en olvidarme! ¿Y qué me quedará entonces?

»ELENA.»

Guardó la cartita bajo el cuerpo del traje nupcial, entre las flores de azahar y se dirigió al salón.

Servais en tanto esperaba el momento en que la avenida quedara desierta, y al mismo tiempo cuidaba de su compañera.

—La señorita Elena es muy bella,—dijo Solange con visible amargura.

—¡Oh!—contestó el criado en tono cariñoso—la señora condesa es guapa, indudablemente, pero con dinero y lujosos trajes, nosotros, cada cual por nuestro estilo, resultaríamos mejor.

Abrigió á la hija del guarda con una capa de lana forrada de piel, púsole una capotita muy sencilla y bien hecha y contemplando satisfecho su obra, exclamó:

—Perfectamente, si os miráis al espejo no os conoceríais. ¡Lo que sereis dentro de seis meses! ¡Ea, en marcha!

Solange se acurrucó en un rincón del carruaje. Servais se sentó á su lado, tomó las riendas y arreó el caballo, que salió á escape.

La desgraciada sintió que el corazón se le desgarraba de pena. ¡Ya no había remedio!

Junto al bosque de Chevagnes, el caballo, que iba á todo correr, dió un bote y varió un poco de rumbo.

Un cazador acababa de saltar por aquel lado.

El trotón, vigorosamente guiado por Servais, volvió á tomar buen paso.

El hombre quedó lejos; pero Solange lo había conocido más que por verle, si es posible, por la emoción que sintió.

Era Román Tremor, que desde lo alto del camino contemplaba, con la desesperación en el alma, el coche en que partía la idolatrada mujer que otro le había robado.

Servais, mirando de reojo, no perdió un solo detalle de esa escena, y aguardó pacientemente á que la emoción de Solange se calmara.

Cuando habían ya recorrido unos cinco kilómetros, juzgó oportuno dirigir á la pobre muchacha algun consuelo, aun cuando fuese de manera indirecta.

—Esta noche—díjole—dormireis en la más hermosa población del mundo; la ciudad del lujo, donde las jóvenes que son tan bellas como vos hacen, con un poco de buena voluntad y en breve tiempo, una gran fortuna, y... son las reinas del mundo.

Solange se encogió de hombros, cuyo movimiento advirtió en seguida el ayuda de cámara.

Pero continuó hablando como si no hubiera notado aquella tácita desaprobación:

—¡Habeis tenido mucha suerte! Empezar bajo la protección de un hombre como el señor conde, es una gran cosa. Todo lo puede, y estoy persuadido de que someteréis su generosidad á grandes pruebas.

Servais, como si tal cosa, siguió perorando